

El PP pierde el relato

Opini3 | 29-09-2026 | 17:55



Feij3o en el Congreso de los Diputados / GN

La pregunta sobre el Partido Popular empieza a ser bastante sencilla y, al mismo tiempo, bastante inc3moda: ¿sabe hacer algo m3s que esperar? Esperar una decisi3n judicial, una exclusiva de prensa, otro nombre en un sumario, una nueva contradicci3n del Gobierno, que alguno de los socios parlamentarios de S3nchez termine cans3ndose o que la acumulaci3n de problemas haga por s3 sola el trabajo que corresponde a la oposici3n. Electoralmente puede incluso tener sentido, porque cuando el adversario acumula desgaste, la tentaci3n de no tocar nada y esperar es enorme. Pero una cosa es esperar que caiga un Gobierno y otra bastante distinta demostrar que se est3 preparado para sustituirlo. El PP corre el riesgo de confundir ambas cosas y de pensar que cada problema de S3nchez supone autom3ticamente un paso adelante de Feij3o, cuando el desgaste del adversario puede producir rechazo sin generar necesariamente ilusi3n por la alternativa.

Ocasiones para ponerse por delante no le han faltado, porque la DANA, Ceuta, la vivienda y una larga sucesi3n de crisis han proporcionado suficiente espacio pol3tico para que el principal partido de la oposici3n hubiera intentado marcar la agenda en lugar de limitarse a comentarla. El mecanismo se repite con demasiada frecuencia: ocurre algo, responde el Gobierno, aparecen los titulares y despu3s llega la reacci3n del PP; al d3a siguiente aparece una resoluci3n judicial, una informaci3n nueva o una declaraci3n pol3mica y vuelve a producirse exactamente el mismo esquema. El problema no est3 en responder, porque esa es tambi3n una obligaci3n de cualquier oposici3n, sino en convertir la respuesta en pr3cticamente toda la estrategia, ya que quien se pasa una legislatura reaccionando termina permitiendo que sean otros quienes elijan los asuntos, los tiempos y hasta las palabras sobre las que gira la discusi3n. Se puede ganar as3 una sesi3n de control o dominar durante unos d3as los informativos, pero resulta mucho m3s dif3cil construir la sensaci3n de que existe un proyecto pol3tico capaz de imponer sus propios debates.

La vivienda es posiblemente el mejor ejemplo porque no apareci3 ayer, no depend3a de ninguna investigaci3n judicial y lleva a3os convirti3ndose en uno de los principales problemas de millones

de españoles. El PP tiene propuestas, plantea liberalizar suelo, reducir impuestos, facilitar el acceso de los jóvenes y ahora habla incluso de construir un millón de viviendas durante una legislatura, de modo que el problema no es la ausencia absoluta de medidas, sino su incapacidad hasta ahora para convertirlas en el centro del debate y obligar al Gobierno a responder a ellas. A finales de septiembre, mientras el Ejecutivo negociaba nuevas medidas urgentes y el problema de la vivienda volvía a ocupar la agenda nacional, el PP continuaba fundamentalmente explicando por qué las políticas de Sánchez habían fracasado y presentando sus alternativas en respuesta a ese fracaso. Después de tantos años de crisis habitacional, la oposición debería haber conseguido hace tiempo que cualquier ciudadano pudiera explicar en treinta segundos qué cambiaría en vivienda con un Gobierno del PP, porque tener un programa y conseguir que ese programa construya un relato son dos cosas completamente diferentes.

La DANA ofrecía una oportunidad todavía más importante porque obligaba al PP a hacer algo bastante más difícil que criticar al Gobierno: reflexionar también sobre sí mismo. Una emergencia de aquella magnitud, con responsabilidades repartidas entre diferentes administraciones y con una Generalitat gobernada por el propio Partido Popular en el centro de la gestión autonómica, permitía plantear una revisión seria de cómo responde España ante una gran catástrofe, qué administración manda en cada momento, cuándo debe intervenir el Estado y qué mecanismos automáticos deben evitar que una emergencia termine convertida durante meses en una discusión sobre quién tenía que haber hecho qué. Convertir aquello exclusivamente en una batalla contra Sánchez podía resultar políticamente más cómodo, pero desaprovechaba la posibilidad de demostrar algo mucho más valioso para quien pretende gobernar: capacidad para analizar también los errores propios y utilizar una crisis para diseñar un sistema mejor.

Ceuta ha vuelto a mostrar el mismo problema desde otro ángulo, porque el PP considera que la información conocida sobre la crisis coloca al Gobierno en una situación política muy grave y mantiene abierta una moción de censura instrumental para llevar al país a elecciones, pero su explicación vuelve a acabar en que faltan cuatro votos para poder sacarla adelante. La aritmética es correcta, pero la política debería ser algo más que aritmética, especialmente cuando Vox ha decidido avanzar por su cuenta, hablar de traición y promover la activación del artículo 102 de la Constitución contra Sánchez, colocando nuevamente al PP ante una iniciativa planteada por otro partido y obligándolo a pronunciarse sobre un terreno que no ha elegido. La cuestión no es que Feijóo tuviera que presentar una moción destinada al fracaso ni que debiera seguir a Vox por el camino del artículo 102, sino precisamente lo contrario: entre hacer lo que propone Vox y explicar por qué no se hace existe un enorme espacio político para presentar una iniciativa propia, y resulta llamativo que, incluso ante acontecimientos excepcionales, el principal partido de la oposición vuelva a aparecer más como comentarista de las decisiones de los demás que como generador de las suyas.

Ese es el verdadero problema del PP, porque una alternativa de Gobierno no puede vivir únicamente del error ajeno ni confiar en que la próxima sentencia, la próxima exclusiva, el próximo escándalo o la próxima crisis acerquen un poco más La Moncloa. Su trabajo debería consistir también en conseguir que el Gobierno tenga que responder a sus iniciativas, que los ministros tengan que dedicar ruedas de prensa a desmontar propuestas del PP y que Sánchez se vea obligado alguna vez a correr detrás de Feijóo en lugar de que Feijóo aparezca permanentemente corriendo detrás de Sánchez. La oposición dispone, además, de una ventaja evidente para hacerlo, porque puede seleccionar asuntos, preparar propuestas y obligar al Gobierno a posicionarse sin tener que soportar inicialmente el peso de ejecutarlas, pero esa ventaja pierde buena parte de su utilidad cuando casi toda la energía política se concentra en esperar qué aparecerá al día siguiente en un juzgado, un periódico o una comisión de investigación.

Mientras tanto, el ciudadano de a pie contempla un panorama poco estimulante en el que un Gobierno acumula crisis y dificultades parlamentarias mientras la principal oposición parece confiar en que todo ese desgaste terminará trasladándola por gravedad hasta La Moncloa, aunque los problemas cotidianos sean bastante más elementales que la estrategia de Génova o Ferraz. La vivienda continúa siendo inaccesible para buena parte de los jóvenes, sacar adelante un pequeño negocio implica enfrentarse a una burocracia asfixiante, numerosas familias tienen dificultades para imaginar cómo estarán dentro de cinco años y buena parte de la conversación política sigue ocupada por fiscales, jueces, asesores, mensajes, comisiones, querellas y acusaciones cruzadas. El resultado no es necesariamente que una parte de esos ciudadanos empiece a ilusionarse con la alternativa, sino que puede terminar simplemente cansándose de todos, porque el hartazgo con quien gobierna no equivale automáticamente a confiar en quien espera sustituirlo.

Ahí puede encontrarse uno de los grandes errores estratégicos del PP: confundir el rechazo a Sánchez con entusiasmo por Feijóo y pensar que ambos sentimientos avanzan necesariamente juntos. Puede que esperar termine funcionando, puede que el desgaste del Gobierno continúe y puede incluso que, llegado el momento, los números permitan al Partido Popular gobernar, pero ganar unas elecciones por agotamiento del adversario y construir una mayoría social convencida de que existe un proyecto mejor son dos cosas muy diferentes. Entre un Gobierno que acumula problemas y una oposición que demasiadas veces espera a que esos problemas hagan el trabajo por ella se termina perdiendo algo bastante más importante que el relato de una semana, porque cuando unos generan cansancio y los otros no consiguen generar ilusión, el resultado final no es necesariamente el triunfo de uno de los dos, sino un país cada vez menos convencido de que la política sirva para cambiar realmente las cosas.

Autor: Carles Enric